

Saludo y alabanza a Manuel de Terán

Orlando RIBEIRO

Con intensa emoción recibí de los organizadores del Homenaje a don Manuel de Terán la invitación a que una voz lusitana proporcionase a esa fiesta del espíritu geográfico una dimensión ibérica. Por motivos graves de salud no pude asistir personalmente al acto celebrado en la Universidad Complutense y pedí a mi querido compañero y alumno Bosque Maurel que transmitiera al maestro de la Geografía de nuestra Península, de quien me considero también discípulo, mi pesar de no poder estar con él y un saludo tan afectuoso como respetuoso.

I

Mis contactos directos con Manuel de Terán no fueron muchos. Lo conocí en el año 1946, cuando mi querido amigo y compañero José Manuel Casas Torres me transmitió una invitación para participar en el Curso de Geografía y del Pirineo y que, organizado bajo los auspicios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en colaboración con la Universidad de Zaragoza, en la que Casas obtuvo su primera cátedra prestigiándola durante tantos años, tuvo lugar en la pequeña y tranquila ciudad de Jaca.

Me impresionó mucho Manuel de Terán, con su bella cabeza de músico, su finura humana y la aportación a la vez tan crítica y tan plena de conocimientos que trajo a nuestro Curso: desgraciadamente no pudo quedarse más que un par de días ni participar en las excursiones. Pero los que lo conocían sabían con qué afán llevaba a sus alumnos al campo y con qué pasión les enseñaba, de verdad, Geografía. Una Geografía, la que se hace, ciertamente, con la cabeza y con

la pluma, pero basada siempre en la observación, que relaciona y sintetiza, pero que exige, caminando y observando, hacer encuestas, romper rocas, recoger plantas y contemplar cómo cambia el cielo en meses, días y hasta horas.

En una Residencia de Estudiantes, en un ambiente casi convencional, dábamos clases, comentadas con entusiasmo, hacíamos excursiones a las que cada uno aportaba sus observaciones y sus reflexiones, hechas con vivacidad por un pequeño grupo de jóvenes profesores y alumnos de los cursos finales de la Universidad. Tres de ellos —Bosque Maurel, Floristán Samanes y Vilá Valentí— siguieron la carrera de la enseñanza y de la investigación con dignidad, saber y devoción a la Ciencia y a la Universidad. Si Vicente Fontavella no obtuvo una cátedra universitaria, sí hizo una importante tesis sobre «La Huerta de Gandía», en la que mostraba su sorpresa por el hecho de que su experiencia de huertano pudiera ser tema de investigación científica.

Fue el Maestro Terán quien atrajo mi atención hacia Adela Gil, «que valía mucho». Madrileña por nacimiento y montañera por vocación, hija de un zagal que había cruzado con sus ovejas las cañadas,

Pastores que conducen sus hordas de merinos
a Extremadura fértil, rebaños trashumantes,
Que mancha el polvo y dora el sol de los caminos,

como dijo Antonio Machado, el más geográfico de los poetas modernos. Recorrimos juntos toda la Cordillera Central desde la Sierra de Gata hasta Somosierra, y desde el encantador pueblo de La Alberca, aun intocado por el turismo, bajamos por las Batuecas a las Hurdes, que tanto me habían impresionado desde que vi la que creo es una de las primeras y más notables películas de Buñuel, «Tierra sin Pan». Las Hurdes eran entonces un refugio de «razas malditas», que acumulan taras por la consanguinidad, y vivían en una economía pre-mediterránea, tan sólo abundante en frutales, «del cerezo al castaño», como en las montañas más pobres del Norte de Portugal, y cuyos habitantes padecían hambre y miseria en invierno, mientras los hombres harapientos pedían limosna por los pueblos y las mujeres compartían, como nodrizas, la leche de sus pobres criaturas con otros más afortunados, ganando así un poco de dinero. En una casa donde cenamos garbanzos y una deliciosa ensalada de pimientos y tomates, nuestra amable hostelera nos dijo: «¡Qué lástima! ¡Si hubieran venido ayer aún podrían haber comido del jabalí!» Fruto de una cacería colectiva, la carne del jabalí había sido repartida entre todos los vecinos según un rito communal que recuerda el tradicional mundo tropical, pero que, seguramente, ha mucho que desapareció de las montañas más pobres de Europa.

Hoy que todo cambia en el mundo, los valles de las Hurdes, hondamente tajados por la furiosa erosión del Tajo, muchos metros por debajo de la Submeseta Norte, se cubren de pinares y madroños y se abren en ellos caminos que permiten ganar las Hurdes Altas desde las Bajas, perdiendo así su aislamiento y la pobreza de su vivir, con aquellas casas de una sola puerta, en donde la gente se acostaba en un montón de hojas secas, sin camas ni sábanas y, sin quitarse la ropa, se cubrían con las mismas hojas o con mantas andrajosas.

El Macizo de Gredos, que domina la Meseta con sus cumbres nevadas hasta muy tarde, en primavera, atrajo especialmente mi atención

Gredos, montaña sagrada,
Que se toca de la pureza blanca de la nieve
Para guardar su corazón de piedra berroqueña
Eterno como la fuerza del espíritu
Que desafía el tiempo y cambia los destinos.

Perdonar que cite en un pequeño poema lo que tan hondo llevo en mi alma ibérica.

Caminando sin otro reposo que no fuera la observación, durmiendo en humildes fondas de pueblo o en apartados refugios de montañas, sin otro equipaje que el morral a cuestas, el martillo, la máquina fotográfica, los gémelos y el altímetro, las libretas de encuesta, aprendí un castellano castizo y popular que me permite dar clases y que es la lengua que más conozco después de la mía propia y del francés que estudié durante siete años de Bachillerato y practiqué durante casi seis años de enseñanza, hablándolo hoy todos los días con mi esposa y colega y redactando en él libros a fin de que mis ideas ganen en expresión universal. Pero, en España, en Marruecos, tan marcado por el protectorado español en Perú y en México, en donde pude comprobar la existencia de una huella colonial aún más honda que la portuguesa en Brasil, es la castellana sin duda la que más me satisface hablar.

Entonces comparé las armoniosas formas glaciares de Gredos y de Sanabria con las de las sierras de la Estrella y Gerez, y, siempre con el refrendo del maestro Terán, sugerí a Adela Gil, en el mismo Curso de Jaca, un estudio sobre la ganadería y la vida pastoril de la Sierra de Gredos. Aparte de algunos trabajos realizados en los Pirineos franceses-españoles por investigadores galos, creo haber sido el primer geógrafo en estudiar una montaña pastoril ibérica: la Serra da Estrela, último eslabón alpino al Occidente de la Cordillera Central. Pero aquí hay ganadería y trashumancia de ovejas y cabras —éstas predominan en los suelos esqueléticos de las pizarras más pobres—, con amplios movimientos trashumantes hacia los valles del

Bajo Mondego y del Duero y hasta las penillanuras meridionales en las que, hace un siglo, se internaban en invierno hasta el Alemtejo meridional rebaños de ganado menor de más de tres mil cabezas. En verano, a su vez, suben los rebaños a las cimas cubiertas de arbustos rastreros y *Nardus Stricta*, pobre gramínea que desdeñan las ovejas del País de Gales y que aquí forma la base alimenticia del pobre y rústico ganado menor. Las vacas, en cambio, casi no existen en esta típica montaña mediterránea. La trashumancia, de la que se habían ocupado largamente historiadores y geógrafos en el país hermano, ha sido también documentada por mis encuestas e investigaciones por primera vez en Portugal. Si la «invernada» ya no tiene lugar, «veranean» aún millares de cabezas de ganado menor, del que se ocupan pastores serranos de los pueblos más altos. Asimismo, si la Mesta, sus cañadas y sus consecuencias históricas y geográficas han sido el tema de notables trabajos de geógrafos e historiadores españoles y extranjeros, a través de los cuales el más importante ejemplo de trashumancia mediterránea pasó a tratados y manuales de Geografía, fui el primero que, en Portugal, reveló la generalidad y la amplitud de estos desplazamientos, las protestas de los pueblos y, con la unión de las dos Coronas peninsulares, la tentativa de extender a Portugal los privilegios de la Mesta que, en seguida, con la separación de los dos Estados, desencadenó una fuerte reacción doctrinal de los juristas contra tales «maleficios».

Lo que más me impresionó en Gredos fue su apariencia de montaña jurásica, con grandes praderas cercadas por muros de granito —aún no dominaba el alambre de púas— propiedad unas veces privada y otras comunal, ceñidas por espesos bosques en los que se mezclaban robles y pinos silvestres con sus troncos dorados a la luz del atardecer, abedules de pequeñas hojas movidas por el viento y con hermosos troncos blancos relucientes al comienzo de la noche y a la luz de la luna. Un típico bosque atlántico que logró colonizar las cimas cuando éstas quedaron libres de casquitos y lenguas de hielo. En Gredos apenas había ganado menor. Se trataba de vacas grandes y mansas, cuyas esquilas sonaban distantes, que ocupaban y decoraban las praderas en todo tiempo y que en invierno se refugiaban en los corrales de los pueblos o trashumaban hacia lugares de clima menos duro y hierba fresca y abundante. Adela Gil pudo comprobar que Gredos suministraba yuntas de bueyes a la «carretería real» que aseguraba el transporte de la mercancías y de las personas.

Este notable trabajo, como tantas tesis doctorales, sólo es conocido por un resumen. Creo que aun merecería ser publicado, a pesar de que por todas partes hayan declinado los desplazamientos pastoriles. Para una entera comprensión de los paisajes actuales no importan sólo sus espectaculares y, a menudo, desastrosas transforma-

ciones, sino también la evolución de esa «historia casi inmóvil» (Braudel) que, en su ritmo lento, se confunde con la misma geografía. «El presente proviene del pasado», como se complacía en afirmar mi maestro, José Leite de Vasconcellos, gran etnólogo, arqueólogo y filólogo, contemporáneo y amigo de Menéndez Pidal y, aunque menos especializado, de la misma talla intelectual. Sus trabajos son fuentes perennes para el geógrafo. En su opinión, para una entera comprensión de los paisajes actuales no importan tan sólo sus espectaculares y, a veces, desafortunadas transformaciones, sino también la evolución de esa «historia lentamente ritmada», siempre estructural y raras veces coyuntural.

II

Mis contactos con España se remontan a mi niñez de Viseu, donde mi bisabuelo, dueño de una fonda y tratante en cerdos en el mercado semanal, albergó a un tintorero español que prometió enseñarle a preparar los primeros colorantes industriales a cambio del hospedaje. Bien comido y alojado, difería siempre la revelación de sus famosos secretos. El hostelero decidió, al fin, plantear la cuestión de una vez por todas, pero el embustero se escapó por la noche. Mi bisabuelo, que siempre había observado al soslayo sus manipulaciones, las repitió con tanta tenacidad y éxito que llegó a ser conocido como Joaquín el Tintorero. Hace un siglo muchos españoles venían a Portugal a ejercer sus oficios y esta historia la oí contar en mi familia.

Cuando vinimos a vivir a Lisboa, poco antes de la primera guerra mundial, había «moços de pau e corda», siempre gallegos, que hacían pequeños transportes, llevaban discretamente alguna carta hasta las manos de alguna doncella recatada y, en tanto no hubo agua canalizada, en los barrios pobres donde me crié, iban a las fuentes públicas a llenar sus cántaros pregonando en una encrucijada callejera, «ahú!». Rosalía de Castro, incomparable encarnación poética de un pueblo a veces despreciado, en un desgarro del alma, escribió:

Castellanos de Castilla,
Tratade ben os galegos
Cuando van van como rosas
Cuando ven ven como negros.

No se podía decir lo mismo de la colonia gallega de Lisboa, que llegó a contar con unas treinta mil personas, camareros, taberneros, dueños de fondas y hasta de buenos hoteles, industriales que construyeron toda una calle; incluso aguadores que escribían a sus familias: «A terra é boa, a xente é tola, a agua é deles e nos vendemosla.»

Desde mis primeros estudios, la Geografía y la Historia de Portugal me aparecieron siempre entrelazadas con las de España, o más propiamente Hispania. La lengua poética de los trovadores era el portugués de los *cancioneros* e, incluso, del *Livro das Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio, suegro de Don Denis de Portugal, el más importante de los poetas trovadores. La *Crónica General de España*, compuesta por orden de Alfonso el Sabio, poeta y erudito, tuvo una primera redacción portuguesa; el predominio del castellano llegó después y, desde el siglo xv hasta el xvii, muchos escritores portugueses eran bilingües. La llamada «Restauración» alejó definitivamente España de Portugal tras casi un siglo de luchas, pero sin que la «inteligencia» de los dos países abandonase nunca su íntima y profunda penetración.

Cuando inicié mis andanzas de geógrafo, España estaba arrasada por la más cruel de las guerras. Aislado nuestro país como nunca, sólo se iba de Portugal al resto de Europa en buque; después, el ferrocarril de Lisboa a París, a través de España, comenzó a funcionar, pero el pasaporte llevaba una sobrecarga española: «Sin facultad de detenerse en territorio nacional.» El vagón se cerraba en Fuentes de Oñoro y sólo se abría en Hendaya. Además, el viaje se hacía por la noche, amanecía en Navarra, se podían observar los ríos guipuzcoanos polucionados por la industria de la celulosa y, en fin, los verdes contrafuertes del Pirineo, con bellas casonas vascas. En una noche de luna muy clara, allá por Medina del Campo, admiré las formas austeramente geométricas de los páramos castellanos.

Algunos de mis maestros conocían y nos hacían conocer España. Queirós Velloso, que pasaba parte del verano en Simancas, renovó, gracias a documentos españoles que fue el primero en estudiar, toda la historia de Portugal de comienzos del siglo xvi, en los que los matrimonios eran frecuentes entre las dos casas reales. Queirós Velloso insistía en el paralelismo de los movimientos religiosos en la Península —la Inquisición y la Compañía de Jesús— y nos presentaba el primer viaje de circunavegación del mundo como una empresa ibérica, en la que quedaron indisolublemente ligados los nombres de Magallanes, más conocido en la forma castellana que en la lusitana (Magalhães) y Juan Sebastián Elcano. Camões, en *Os Lusiadas*, da un sentido ibérico a la epopeya marítima, quizás porque los designios de Felipe II eran ya sensibles antes de la mayor catástrofe de la historia de Portugal: la perdida del Rey Don Sebastián, y de la nobleza, la doblez del Cardenal Don Henrique y de los gobernadores que le sucedieron, la corrupción con que se ganaron algunos personajes dudosos y determinados sinceros partidarios de la unión de los dos Estados frente a una Europa protestante y a la amenaza del poderío marítimo inglés.

Eis aquí se descobre a nobre Hespanha
Como cabeza ali de Europa toda.

Pero da, a la vez, la noción de primera potencia de Europa y la imagen sugestivamente visual de los mapas que tantas veces estaban orientados con el Oeste en su parte superior.

Silva Telles, que explicaba Geografía de Portugal, hacía una larga introducción geográfica sobre la Península; la misma Colección Labor de Barcelona le había encargado un volumen doble de *Geografía de Portugal* que su prematura muerte no le permitió preparar. Nos servía de texto el excelente *Resumen Fisiográfico de la Península Ibérica* de Juan Dantín Cereceda, que, aunque publicado en 1912, era muy actual incluso en la parte portuguesa. Dantín era Catedrático de Instituto, y la Geografía, en la Facultad de Filosofía y Letras, en donde figuraba como un simple anejo de los cursos de Historia, tenía un nivel muy inferior a los trabajos del gran pionero de la Geología y de la Geografía Física de la Península, Eduardo Hernández Pacheco, Catedrático en la Facultad de Ciencias, cuya *Síntesis Fisiográfica y Geológica de España* (Hispania, 1934) era un libro enteramente renovador, sensible incluso a los aspectos humanos del paisaje, largamente tratados en *El Solar en las Historia Hispana* (1954), fruto sazonado de su robusta vejez. «Se mete en su pueblo de Extremadura, conservado en nicotina (¡siempre lo vi fumando en pipa!) y se pasa el día escribiendo», decía su hijo y discípulo Paco, que hizo una gigantesca labor de geomorfólogo, desde amplios reconocimientos del terreno hasta profundas investigaciones realizadas con las máximas exigencias. Por desgracia, el destino le negó la robusta vejez de su padre y maestro. Don Eduardo se encariñó mucho conmigo, Paco fue como un verdadero hermano. Un hijo suyo, Alfredo, que conocí mocito, estudiante de Bachillerato preocupado por la Química, ocupa hoy una Cátedra de Petrografía. Caso raro de tres generaciones con aficiones científicas comunes.

Por su parte, Luis Solé Sabaris, en Barcelona, un poco más joven, congrega un grupo muy activo de Geólogos y Geógrafos, colabora con Terán en la *Geografía de España y Portugal* y en la *Geografía General y Regional de España*, escribe un estudio de conjunto sobre el Pirineo, y estimula los trabajos de Salvador Llobet, de la Facultad de Filosofía y Letras, que hace poco se jubiló, y de Noel Llopis Lladó, geomorfólogo y tectonicista muy notable, aplastado por un coche mientras estudiaba un corte en la carretera.

Así, muy justamente, recuerdo el prólogo de Goethe, que cito en la bella traducción del poeta romántico Garrett:

Como un velho cantar meio esquecido
Vem os primeiros simples amores

E a amizade con eles. Reverdece
 A magoa, lamentando o errado curso
 Dos labirintos da perdida vida;
 E me está nomeando os que traidos
 Em horas belas por falaz ventura
 Antes de mí, na estrada se sumiram.

De cuanto queda dicho resultó un claro progreso de la Geografía física, ligada a la Geología, mientras sólo algunos años después surgirán en las Facultades de Filosofía españolas, en el conjunto de las Secciones de Historia —incluso hace algunos decenios no había doctorados en Geografía—, los primeros geógrafos, sembradores de ideas y que orientaron la investigación y la enseñanza en el único camino seguro de la Geografía: la observación. Amando Melón patrocinó a mi querido compañero José Manuel Casas Torres, el primer geógrafo de las Facultades de Filosofía y Letras que hizo una tesis doctoral sobre la vivienda y los núcleos de población de la Huerta de Valencia, a quien me une una amistad de treinta y cinco años, sintiendo únicamente que sus muchos quehaceres no me hayan permitido recibirla en Portugal con la misma cordialidad con que siempre me acogió en Jaca, en Zaragoza y en Madrid.

III

La síntesis feliz con la generación anterior la hizo Manuel de Terán que, a su vez, sacó un notable grupo de discípulos. Ya hice referencia a mis alumnos de Jaca: a Bosque Maural le agradezco el empeño en llamarine a mi casa de pueblo, insistiendo en una en extremo generosa invitación que me hizo sentir aún más las limitaciones de la dolencia que en largos momentos me impide trabajar. Por eso, desde que recuperé mis facultades me he apresurado a redactar con tesón y alegría interior un texto que sobrepasa mucho en extensión a las palabras que me habría cabido pronunciar. Me es particularmente grato que otro alumno mío, tan próximo a mi propio enfoque geográfico, Juan Vilá Valentí, haya sido elegido Vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional. Desde 1949 a 1956 ocupé este mismo cargo, que los estatutos permiten renovar una sola vez. Ya he dicho que científica y humanamente me siento tan portugués como ibérico. Vilá Valentí escribió una Geografía de la Península Ibérica en la colección francesa Magellan (Magalhães), Elcano, en traducción y ampliación castellana. Esta obra básica está seguramente destinada a una constante revisión y aumento. Ya sabe mi querido compañero catalán con qué placer le recibo en Portugal, aunque la plaga turística le pueda obligar a compartir la habitación conmigo y con el chó-

fer. Vilá conoce nuestro refugio de mi pueblo «saloio», la modestia de nuestra mesa, así como los recursos de una biblioteca de un matrimonio de geógrafos y la habitación donde los amigos son siempre bien acogidos.

En cuanto a Manuel de Terán, al enviarle un saludo tan cordial como respetuoso me queda el melancólico privilegio de ocupar el vicedecanato de la Geografía peninsular: al fin y al cabo apenas nos separa el tiempo de una generación. Y sobre todo que pueda llamarle maestro y amigo en el transcurso de todos los años que nos quedan de jubilosa jubilación o de serena resignación a no poder trabajar cuanto quisiéramos. Tras la alegría creadora algo no perecedero quedará en nuestro común «amar e servir» a la Ciencia de la Geografía: los discípulos de los discípulos, la obra que con tanta ilusión construimos, el don divino del poder creador del Espíritu.

La única manera de juzgar a un geógrafo es su forma de trabajar, en la que se combinan armoniosamente el análisis y la síntesis, la exactitud en el detalle y la evocación de los grandes conjuntos. Terán, que no hace mucho tiempo fue recibido en su seno por la Academia de la Lengua, está dotado de un estilo denso, fluido, exacto y evocador. Sus trece páginas de la «Genialidad Geográfica de la Península Ibérica» son tan ricas y densas que es difícil elegir algunos párrafos que poder destacar, aunque es fácil recomendar al lector que haga una lectura mediata de esta magnífica introducción.

Cuando la casa editorial Muntaner y Simón emprendió la traducción integral de la *Geografía Universal*, dirigida por Paul Vidal de la Blache y Lucien Gallois, enriqueció con apéndices los países de la América española. Si el volumen de Generalidades sobre el Mediterráneo contiene páginas muy penetrantes de Jules Sion, la parte dedicada a la Península Ibérica, de la que es autor Max Sorre, pese a algunos capítulos regionales excelentes sobre España, es desigual o insuficiente, como las treinta páginas llenas de errores que consagró a Portugal. Surgió entonces la idea de una *Geografía de España y Portugal* —yo hubiera preferido de la *Península Ibérica*, pero los amigos españoles saben cuan susceptibles son algunos portugueses—, en donde tuve el honor de colaborar con un volumen enteramente dedicado a Portugal.

Al escribir con mano genial su Introducción, Manuel de Terán se inspiró en el gran maestro Vidal de la Blache, siempre tan rico en ideas, tan sobrio y denso en expresión. El mayor elogio que puede hacerse de esas páginas —en portugués y en francés se diría «personalidad» y no «genialidad»— es que ellas recuerdan, como el tema de una melodía reescrito con variaciones originales, las primeras del *Tableau de la Géographie de la France*, obra cumbre de toda la ciencia geográfica. Un portugués no tiene nada que añadir a lo que el maestro

Terán escribió sobre un mundo a la par de contrastes y de unidad, repartido entre dos Estados que, en la primera descripción geográfica moderna de nuestra Península, Theobald Fischer (1892) notó que «se dan la espalda», situación geográfica paradójica y repleta de deploables consecuencias humanas.

Don Eloy Bullón, en una conferencia pronunciada cuando Portugal entró en la Primera Guerra Mundial, mientras que España mantenía su neutralidad, propuso, sin menosprecio de la independencia de Portugal respecto a su país hermano seis veces más extenso, la unión aduanera, el intercambio intelectual, pues España estaba más desarrollada industrialmente que Portugal, y otras generosas ideas que no pasaron de proyectos sin consecuencia. Hoy el pequeño y pobre Portugal, frente a la gran potencia industrial en que, en los últimos decenios, se ha convertido España, con una de las primeras flotas pesqueras de Europa, envía incluso emigrantes y trabajadores al otro lado de su frontera peninsular. Y en cuarenta años, la peseta pasó de cuarenta céntimos de escudo a 1,10 cuando los bancos aceptan cambiarlos. Los políticos portugueses no han sido siempre hábiles con sus colegas españoles. La concurrencia en el Mercado Común Europeo —en donde Europa Central nos pone trabas aceptando con más facilidad nuestros emigrantes, de los que no puede prescindir, que lo que podemos venderle— crea dificultades entre países que disfrutan de climas y producciones semejantes. Se impone un arreglo o una especialización, siempre posible si los políticos hacen un esfuerzo serio con menos palabras y más obras.

Existen roces, pero, por encima de las incertidumbres del mundo de hoy, los pueblos peninsulares constituyen un formidable conjunto. Estuve una semana en Galicia y aprendí una lengua más; Vilá Valentí me prometió un diccionario y una gramática catalana. No creo, empero, que mis aficiones lingüísticas, que llegaron a unos rudimentos de árabe, me lleven hasta el eusquera, lengua de los «aquelarres» de las brujas presididos por un diablo cornudo en forma de macho cabrío. Para líos con brujas y diablos me sobran los libros y, sobre todo, los papeles que me superan y desesperan al no encontrarlos.

La Geografía peninsular adquirió un instrumento de expresión en los Coloquios que mi incomparable amigo y compañero Angel Cabo inauguró en su hermosa Salamanca. Hay en mi grupo de geógrafos de Lisboa algunos que hablan o intentan hablar castellano: uno de ellos, «arraiano» de Beira Baxa, como el portugués. La curiosidad de los geógrafos portugueses por el otro lado de la frontera es cada vez más intensa. Lo que sentimos es no recibir con más frecuencia a los compañeros españoles. Al menos estamos intentando participar en estudios de regiones y problemas de frontera en que nuestros colegas españoles están hoy particularmente interesados.

En cuanto al Mundo Nuevo de que habla Terán es una consecuencia de las navegaciones ibéricas. A la pérdida de las colonias españolas, sentida tan profundamente por la Generación del 98, siguió el derrumbamiento del primer imperio marítimo mundial, desde Timor a Mozambique, desde Angola a las islas de Cabo Verde. Pero de aquellas navegaciones ibéricas subsiste un formidable bloque lingüístico, sólo sobrepasado por el chino, con más de 400 millones de personas, que en el más grande número de Estados del mundo hablan lenguas tan próximas que, con un poco de buena voluntad, es fácil entenderlas. Con Enrique el Navegante, según el gran historiador de Europa, Henri Pirenne, empieza una nueva época que «hasta cambiará el futuro del mundo». En su visión comparada de las grandes «sociedades o civilizaciones históricas», Toynbee considera el descubrimiento del camino marítimo a las Indias, más que los viajes de Colón, como el inicio de una historia verdaderamente universal.

Pero es tiempo de terminar este escrito y no hay mejor manera de hacerlo que pasar a las transcripciones de Manuel de Terán, tan densas pero tan claras que no precisan de comentario alguno. Sus palabras invitan a la meditación, esencia de toda labor científica depurada y concluyente.

«Hacia el año 630 a. de J. C., nos cuenta Herodoto, un navío griego, en ruta hacia Egipto desde las costas del Peloponeso, fué desviado por un soplo de mar hasta las de Tartessos. Era el primer mensaje de Grecia; por primera vez Iberia era contemplada por la pupila griega. Seis centurias después Estrabón dedica el libro tercero de su Geografía a la Península Ibérica, y dice de ella: «Se parece a una piel tendida en el sentido de su longitud de Occidente a Oriente, de modo que la parte delantera mire al Oriente, y en sentido de su anchura del Septentrión al Mediodía.» Por primera vez la Península fué vista, pensada y configurada desde Grecia. El similitud de Estrabón, desde que su obra, a partir del siglo XVIII, se tradujo y conoció entre nosotros, viene repitiéndose en nuestros libros de Geografía como figuración introductoria a nuestro conocimiento de la Península.

«Una piel de toro extendida: una de las tres penínsulas meridionales de Europa; un bloque peninsular de contorno cerrado y maciza apariencia, un conjunto de altas tierras en las que mesetas y montañas dominan y señorean algunas tierras bajas de llanura: soldado a Europa, pero remachada la soldadura por una barrera montañosa en cuya crestería hay blancor de nieve; una península en el extremo sudoeste de Europa, entre el Atlántico y el Mediterráneo, finisterre europeo y puente tendido hacia el continente africano en el que sólo ha fallado la dovela de un arco. He aquí algunos de los rasgos elementales que integran nuestra representación geográfica de la Península. Añadamos aún la diversidad y el contraste. Un continente en miniatura se ha repetido también.»

«Como península sudoccidental del continente europeo, España forma parte de este continente; pero, a la vez, participa de la capacidad para cerrarse a su comunicación, para aislarse o insularizarse.

»Pero, además, nuestra península, que como uno de los dos signos de un paréntesis cierra el Mediterráneo por el Oeste, es a la vez atlántica y mediterránea, y la más próxima al continente africano, del que sólo la separan 12 kilómetros en el punto más angosto del canal que la clava de Hércules abrió entre Europa y África. Circunstancias todas fecundas en consecuencias.

»Entre dos continentes y entre dos mares, la península ibérica es una encrucijada de caminos de mar y tierra. Por las depresiones del Pirineo, salvando las aguas del Estrecho, una comunicación ha existido siempre con el continente europeo de un lado y el africano de otro. Ya en tiempos antehistóricos la Península mantuvo relación con ambos y de ambos recibió aportación de sangre y cultura. Atravesando el Estrecho llegan a España los iberos; por el Pirineo penetran los celtas. Durante el medievo la Península es campo de batalla en que Europa y África, Cristiandad e Islam riñen batalla. La Iberia cristiana se une estrechamente a la Cristiandad y los pasos pirenaicos conocen el trasiego de los peregrinos de Compostela, en tanto que la España islamizada, el Andaluz, busca al otro lado del mar las energías con que frenar la avalancha reconquistadora.

»De igual modo, plantas y animales no han encontrado, ni en los Pirineos ni en el Estrecho, obstáculos insuperables para su emigración y propagación de un lado y de otro de las áreas geográficas que éstos separan.»

«El resto de nuestras costas es oceánico. La Península es la avanzada del continente europeo en el Océano. El cabo de Roca, su extremidad occidental (9° 30' de longitud W, con referencia al meridiano de Greenwich) es a la vez extremidad occidental del continente, en poco sobrepasada por el Finisterre irlandés. Fué este el factor geográfico que en unión con otros de tipo histórico hizo de la Península punto de partida para las navegaciones oceánicas que trazaron en el mar Tenebroso, hasta entonces inerte masa marina, la red de caminos de mar por los que un nuevo continente fué descubierto e incorporado a la cultura del Occidente europeo. Desde entonces la Península tiene un nuevo frente de actuación expansiva, un nuevo lado histórico que completa su figura, al quedar constituida la encrucijada de direcciones y caminos.»

«El resto son altas tierras, montañas y mesetas con predominio de estas últimas. De los 581.600 Km.² que ocupa la Península, 211.000 corresponden a las altiplanicies centrales, que constituyen así su rasgo morfológico más acentuado y a las que debe su altitud media de 660 metros, doble de la de Europa e igual a la del continente africano. Esta circunstancia permite establecer una comparación de la Península Ibérica con las penínsulas mediterráneas no europeas, Asia Menor y África Menor, destacadas, también, como continentes de escala reducida, en la misma forma que nuestra Península, otro pequeño continente que bien podría haber sido llamado Europa Menor.»

«A lo largo de nuestra historia dos tendencias diferentes se oponen y combaten: unas veces es la tendencia unitaria, que trata de reunir el conjunto de piezas que componen el cuerpo peninsular en un solo cuerpo nacional; otras la tendencia disgregatoria, que aspira a convertir las unidades físicas regionales en organismos políticos diferenciados. Ambas tendencias tienen una posible fundamentación geográfica. A la larga es la tendencia unitaria la que en forma parcial se ha impuesto. La Península ha quedado constituida por dos unidades políticas. La unidad peninsular, hecha por Roma y rehecha por los visigodos, se rompe en la Edad Media. Un mismo espíritu y una misma intención anima a los diversos reinos cristianos; pero la Geografía se impone en forma de diversificación política que acaba por cristalizar en tres grandes unidades. Al

Este el reino aragonés, al Oeste Portugal y en el centro el reino castellanoleónés, apoyado por su cabecera en el Océano. El Sistema Ibérico, cerrando el acceso oriental de la Meseta a la vez que determinando por la naturaleza de su suelo y clima un mínimo económico y de densidad de población, pudo entonces constituir una frontera natural y facilitar la diferenciación entre los dos estados hispánicos. De otro lado, los grandes ríos peninsulares, al salir de la Meseta, se encajan al cortar los pliegues hercianos de dirección transversal a la suya, a la vez que la penillanura extremeña crea aquí otro mínimo de densidad económica y humana que más que montañas y ríos ha constituido una frontera natural. El Océano, por último, determinando precozmente la vocación marina de Portugal, constituye otro factor geográfico de importancia decisiva.

»En los tiempos modernos, Castilla y Aragón se unen, quedando hecha la unidad hispánica. La unidad ibérica sólo tuvo una vida efímera. En el ámbito peninsular ha habido espacio suficiente para la convivencia de dos unidades nacionales, de evidentes afinidades físicas y espirituales.»

«Al comenzar los tiempos modernos, las navegaciones de españoles y portugueses restituyen al mundo la unidad de su figura. Los portugueses fijan la configuración del África y ayudados por los monzones abordan la India, desde donde se aventuran hasta los mares del Extremo Oriente. A los españoles estaba reservada la invención de un Mundo Nuevo, un inmenso continente, que en sus manos, como plástica arcilla, se modela y adquiere forma nueva.»

«Son las de la Península tierras de una historia que cuenta por milenios. Paisaje amasado de tierra, y cultura: olivo centenario cuya raigambre se nutre de la hondura de la tierra y cuyo tronco y hojas han modelado ciclos de vientos y soles, de afanes y humana sabiduría. Pero a la vez reserva de originarias fuerzas y virtudes. Lo originariamente telúrico no ha sido totalmente eliminado del cuerpo y alma peninsulares. Paisajes hay que son pura geología o bosque primigenio, hombres de una pieza, de berroqueña complejión, cuyas aristas no han sido melladas por el roce de los tiempos, para quienes sigue teniendo validez la estimación que de sus virtudes hicieron los historiadores griegos y romanos. Es esta una rara capacidad de perduración que anima todas las creaciones del genio ibérico y que le ha permitido afirmar su personalidad al través de siglos, aceptando en cada momento aquello que era compatible con la fidelidad a su propio ser. Pese a la diversidad regional de tipos y temperamentos, una caracterización general es posible para el conjunto de los pueblos peninsulares. En ella figuran la sobriedad física y moral, el sentimiento de la personalidad individual, el sentido de la realidad y de la acción y a la vez el sentido caballeresco y religioso de la vida, con la preocupación por los problemas de Dios, del ser y la conciencia. Existe una genialidad ibérica cuyas raíces vienen de ese fondo originario y a cuya formación ha contribuido la aportación espiritual de los diversos pueblos y culturas para los que España ha sido crisol y fundente.»

RESUMEN

La celebración del Homenaje que la Universidad Complutense de Madrid dedicó a don Manuel de Terán, y al que, por razones de salud, no pudo asistir personalmente el autor de este trabajo, es la base de este artículo. Orlando Ribeiro recuerda sus contactos con el gran geógrafo español, analiza su obra científica y pone énfasis en sus contactos directos con España y su realidad geográfica y con los geógrafos españoles, compañeros, amigos y discípulos, a veces, de don Manuel de Terán.

RÉSUMÉ

La celebration de l'Hommage que l'Université Complutense de Madrid dedia à M. Manuel de Terán, et auquel ne put assister l'auteur en personne, par raisons de santé, est la base de cet article. Orlando Ribeiro se souvient de ses rapports avec le grand géographe espagnol, analyse son oeuvre scientifique et met en relief ses relations directes avec l'Espagne et sa réalité géographique et avec les géographes espagnols, quelquefois camarades, amis et disciples de M. Manuel de Terán.

ABSTRACT

As background of this paper appears the celebration held, in honor of Don Manuel de Teran, by the Complutense University of Madrid. Orlando Ribeiro talks about the times he got in contact with that great Spanish geographer and studies Teran'swork. He also stresses his own direct relationships with Spain and its geographical reality as well as with the Spanish geographers, who are Don Manuel de Teran's colleagues, friends and, in some cases, disciples.
